

piano y Balbino; y de esta manera quedó dueño único del imperio Gordiano el joven. Reinó este príncipe unos seis años, y en ellos dejó gozar á los cristianos una gran tranquilidad, que se prolongó aun despues de su muerte, en el reinado de su sucesor Filipo.

En cuanto quedó en paz la Iglesia, Orígenes abandonó su retiro y volvió á Cesarea, en Palestina, emprendiendo de nuevo la enseñanza como antes de la persecucion; concurrían á sus lecciones una multitud de discípulos. En este número se cuenta á San Gregorio Taumaturgo, que por segunda vez se presentó á estudiar bajo su direccion: continuó así un año, y al punto de separarse de él, pronunció en su elogio un discurso público que conservamos, en que le da las gracias por las excelentes instrucciones que habia recibido en su cátedra. Algun tiempo despues le escribió Orígenes una carta sobre el uso de las ciencias profanas, exhortándole á meditar en las Santas Escrituras, y extendiéndose á demostrar que la filosofía no debe servir de otra cosa, que como una preparacion para el estudio del cristianismo. Practicaba él mismo lo que aconsejaba á sus discípulos, porque sus ratos desocupados los empleaba en la composicion de muchas obras dedicadas á la ilustracion de las Santas Escrituras. Por este tiempo y durante una corta mansion que hizo en Atenas, concluyó sus comentarios sobre Ezequiel, y emprendió su explicacion de los cánticos, mirada por San Jerónimo como una obra maestra. Se ignoran los motivos que tuvo para este segundo viaje á la Grecia; pero es de presumir fuese para enterarse del método de enseñanza que se seguia en las escuelas de Atenas, y para visitar á los obispos, con quienes tenia relaciones de amistad.

Habiendo regresado á Cesarea, se vió obligado á salir muy pronto para la Arabia, á donde le llamaron los obispos de esta provincia, con ocasion de los errores que enseñaba Berilo, obispo de Bostro, que se habia hecho célebre por el gran número de obras eruditas que habia publicado. Este obispo, despues de haber gobernado su Iglesia de un modo edificante, incurrió en una heregia análoga al sabelianismo, asentando que antes de la Encarnacion no habia tenido Jesucristo existencia propia y personal: que no comenzó á ser Dios, sino despues de haber nacido de la Virgen, y tambien que no era Dios mas que por la union que en cierto sentido tenia con el Padre, que residia en el Hijo de una manera particular. De esta forma rebajaba la persona del Verbo eterno, y por consecuencia el misterio de la Trinidad y la divinidad de Jesucristo. Muchos obispos disputaron con Berilo para sacarle de su error, y no pudiéndole reducir, recurrieron á las luces de Orígenes. Quiso éste hablarle primeramente en particular para sondearle y conocer el fondo de su opinion: despues le refutó en público con tan sólidas razones, presentadas con mucha arte y dulzura, que le redujo á la fé ortodoxa. Todavía existian en tiempo de Eusebio las actas del

concilio que se celebró con motivo de los errores de Berilo, y las conferencias de Orígenes con él en la Iglesia de Bostro. Luego escribió Berilo muchas veces á Orígenes, para darle las gracias por este suceso.

Posteriormente reinando Filipo, apareció en Arabia otro error nuevo que sostenian otros hereges, designados con el nombre de arábigos, y enseñaban que el alma muere con el cuerpo, y debian resucitar juntos. Los obispos reclamaron la intervencion de Orígenes, rogándole que concurriese á un concilio que se convocó contra aquellos hereges. Presentóse en él, y habló contra esta doctrina con tanto fuerza, que sacó del error á todos cuantos hereges le habian abrazado. Nació tambien por entones y en aquellos parages, otra secta de mas obstinados hereges, llamados valesianos, del nombre de su gefe Valente ó Valesio. Era éste un filósofo árabe, que sostenia que la concupiscencia destruye la libertad del hombre, y que para salvarse era necesario suprimir el origen de las tentaciones haciéndose eunucos. Todos sus discípulos practicaban este remedio en sí mismos; y aun se les acusó de que le extendían violentamente hasta los extrangeros que llegaban á su país. Por otra parte, adoptaban en muchos puntos los infames principios de los gnósticos, y como éstos, no admitían el antiguo Testamento. Una porcion de estos hereges escogieron para retirarse, la villa de Dacatha, mas allá del Jordan, en el término de Filadelfia. Pero Orígenes, á pesar de la imprudencia cometida en su juventud, siempre se manifestó opuesto al error de estos fanáticos, y le condenó formalmente en sus escritos. Tambien combatió á otro herege que habia renovado los errores de los elcesaitas; que era una clase de sectarios mas judíos que cristianos, y enseñaban que se puede negar exteriormente la fé, y sacrificar á los ídolos para evitar la muerte. Desechaban una parte de las Escrituras, y especialmente las epístolas de San Pablo, y sin hacer ningun caso de Jesucristo, tenían un evangelio particular, que decían les habia venido del cielo para enseñar á los hombres la verdadera religion y los únicos medios de salvarse.

Habia llegado Orígenes á la edad de sesenta años, y su humildad se habia resistido siempre á los deseos de aquellos que querian conservar los sermones que predicaba al pueblo. Pero ahora los dejó copiar y se llegaron á reunir mas de mil; porque él oraba casi diariamente tomando del obispo la órden para que el tema fuese á su gusto, no llevando por lo comun preparacion alguna mas que el profundo estudio que habia hecho de las Sagradas Escrituras. Tambien se recogieron muchas cartas suyas, varias de las cuales pudieran merecer el nombre de tratados; pero no han llegado á nosotros sino las dos de que dejamos hecho mérito anteriormente, una á Julio Africano sobre la historia de Susana, y otra á San Gregorio Taumaturgo, y unos cortos fragmentos de otras pocas. Como



siempre quedó algún recelo sobre su doctrina, escribió á muchos obispos, y especialmente al Papa San Fabian para aiestiguar la pureza de su fé, achacando á Ambrosio la culpa de los errores que se hallaban en sus obras, porque este amigo, mas celoso que prudente, se habia precipitado á publicar algunas antes que su autor las revisase y diera la última mano.

Durante la persecución de Decio, prendieron á Orígenes, y sufrió con admirable constancia cuanto pudo inventar todo el furor de los tiranos para vencer su paciencia, porque trataban ellos de no quitarle la vida y de redoblar los tormentos para poder lograr que sucumbiese, fundando en su caída la esperanza de que otros prevencasen tambien. Cargáronle de cadenas, y le encerraron en un oscuro calabozo, donde tenia las piernas violentamente extendidas para sujetar en un cepo los piés. No se omitió medio ni obra para atormentarle: amenazáronle que le quemarian vivo, y no desmintió su firmeza. Escribió á otros mártires para que tuviesen ánimo, y no tardó en recibir el mayor consuelo cuando se halló con una carta de San Dionisio, su antiguo discípulo y obispo entonces de Alejandría. Recobrada la libertad al principio del reinado de Galo, no sobrevivió mucho tiempo á los tormentos que habia sufrido. Parece que al fin de su vida no se hallaba en Cesarea, sino que se habia establecido en Tiro, y en esta ciudad murió en el año 253, á la edad de 69 años (1).

Fué sin contradicción Orígenes uno de los hombres mas extraordinarios, el ingenio mas inexplicable que se presentó en la historia de los primeros siglos. No hay muchos autores cuyo nombre haya sonado mas en el mundo, cuyas tareas hayan sido mas numerosas y brillantes, cuyos escritos y opiniones hayan dado lugar á mas diversos juicios. Tampoco hay otro de quien se hayan hecho tan grandes elogios, ni que haya sido mas contrariado y perseguido con mas calor mientras vivió y despues de muerto. Los hombres mas grandes y los mayores santos no están acordes respecto de él. La claridad y brillo de su ingenio, la vasta extensión de sus conocimientos, la precision de su método, la pureza de su vida, su humildad, su dulzura y todas las gracias de su espíritu que resaltan en sus obras y en su persona, contribuyeron á proporcionarle una multitud de admiradores, mientras que la novedad de sus ideas, su afi-

(1) Sin duda fué en Tiro y en estos últimos tiempos cuando Porfirio, tan conocido por sus escritos contra los cristianos, tuvo ocasion de conocer á Orígenes, porque aquel filósofo habia nacido cerca de dicha ciudad, y entonces tendria unos veinte años. En un pasaje citado por Eusebio manifiesta que en su juventud habia conocido á este ilustre doctor, que según él habia adquirido tan grande reputacion por sus obras. Añade que Orígenes habia adelantado mucho en el estudio de la filosofía, bajo la direccion de Ammonio; pero le censura su adhesión al cristianismo, y no le perdona el que hubiese empleado el método de los filósofos para explicar las Escrituras y desenvolver los misterios que contienen.

ción á las alegorías, la mezcla de filosofía profana con los dogmas de la fé, y mas que todo, los muchos errores esparcidos en su nombre y en sus escritos, suscitaron contra él adversarios que le combatieron como uno de los mas peligrosos enemigos de la Iglesia. La prevencion que habia excitado su doctrina mientras vivió, subsistió igualmente despues, y aun se propagó de tal manera, que muchas personas condenaban enteramente la lectura de sus obras, y se vieron en la precision sus partidarios de publicar apologias en su defensa. Tenemos aún parte de la que, según dicen, compuso el mártir San Pánfilo en union con Eusebio de Cesarea (1). Mas odioso se hizo en adelante, porque los arrianos se jactaban de que era el defensor de su secta, y exhibian varios pasajes de sus obras que en efecto parecian favorables á ellas, aunque San Atanasio haya creído poder disculparlos y aun interpretarlos por medio de otros cuya ortodoxia no es dudosa. Ultimamente varios hereges conocidos con el nombre de origenistas, se aprovecharon despues de los escritos de aquel para sostener que Jescristo no es Hijo de Dios sino por adopcion; que las almas humanas han existido antes de ser unidas al cuerpo, y que no deben ser eternos los tormentos de los condenados. Durante el siglo V y al principio del VI, las turbulencias que ocasionaron en la Iglesia estos hereges, obligaron al concilio V general á que pronunciase contra ellos una condenacion ó sentencia en que se halla envuelto y mezclado este mismo ilustre doctor (2). Entre los que han acriminado mas las doctrinas y escritos de Orígenes, se cuenta á San Metodio mártir, San Eustato, obispo de Antioquia, San Epifanio y San Gerónimo. Este último no deja de elogiarle en algunos pasajes, y señalarle como el mayor maestro que ha tenido la Iglesia desde los apóstoles. San Ambrosio hace poco mas ó menos el mismo juicio de él, y no ha tenido reparo en tomar de sus obras una porcion de pensamientos con que enriqueció sus comentarios sobre San Lucas y sobre la obra de los seis dias. San Basilio y San Gregorio Nacianceno apreciaron tanto sus escritos, que los adoptaron por base de sus estudios sobre la Escritura Santa. Tambien hicieron una coleccion de los trozos que creyeron mas útiles, y todavía se conservan estos extractos que llevan el título de Filocalia.

(1) San Gerónimo cree sin embargo, que se le atribuye falsamente á San Pánfilo.

(2) Tambien se conoce con el nombre de origenistas á otros hereges que aparecieron hácia la mitad del siglo III, y eran una ramificacion de la secta de los gnósticos. Condenaban el matrimonio, y cometian públicamente las acciones mas infames que miraban como indiferentes. Pero tomaron su nombre de otro Orígenes muy poco conocido. San Agustín, que hace mención de sus errores, lo asegura expresamente, y no podian realmente tener nada comun con el célebre Orígenes, cuya vida fué siempre muy pura, por confesion de sus mismos enemigos, y sus escritos siempre respiran amor á la castidad.



El número de las obras compuestas por Orígenes era tan considerable, que dicen podían contarse hasta seis mil volúmenes, comprendiendo sin duda sus cartas y homilias. En nuestros tiempos han quedado muy pocos restos. La mayor parte tenían por objeto la explicación de la Escritura: las otras eran tratados sobre diferentes materias, ya para la instrucción de los fieles, ya para refutar á los hereges ó paganos. Por lo demás, manifiesta que nunca publicaba sus escritos sino con temor y repugnancia, y ya se ha visto que le excitaron para ello sus discípulos, y principalmente Ambrosio, que las costaba y no le dejaba un rato descansar. Lo que acabó de decidirle fué, que muchos hereges habían dado á luz comentarios de la Escritura llenos de errores, y que con todo eso los leían los fieles ansiosos de instrucción: de manera que su ánimo fué oponer á estas falsas interpretaciones comentarios ortodoxos en que pudiesen hallar los fieles luces puras, y satisfacer su ansia de saber, sin estar expuestos al peligro de seducción; no porque faltasen interpretaciones católicas, pues él mismo declara que cuidó de leerlas y de sacar provecho de su contenido; pero es muy probable que no se hubieran repartido muchos ejemplares, ó que no incluyesen mas que una parte de la Santa Escritura, porque se infiere que este autor fué el primero que la explicó toda entera.

Debe ponerse en primer lugar entre las obras de Orígenes sobre la Biblia, el inmenso trabajo que emprendió para aclarar el texto, reuniendo todas las versiones griegas del antiguo Testamento en una misma edición, á fin de que pudiesen cotejarse ya entre sí, ya con el hebreo. La mas célebre y mas antigua de aquellas es la de los setenta, hecha en Alejandría, reinando Tolomeo Filadelfo, 277 años antes de Jesucristo. La segunda, formada por Aquila en el reinado de Adriano, fué adoptada por los judíos que la calificaron de exacta por excelencia, porque estaba tan literal, que traducía hasta la etimología de las palabras, mas bien que su vulgar significación, lo que la hacia algunas veces bárbara ó ininteligible. No le faltaba tampoco infidelidad, porque el autor quiso oscurecer á propósito las profecías relativas á Jesucristo. Simmaco y Teodocion publicaron la tercera y cuarta versión un poco antes de finalizar el siglo II. La última era poco diferente de la version de los setenta, y aun en algunas partes la copiaba; por lo que la Iglesia adoptó muchos pasages de su traducción y la siguió enteramente en el libro de Daniel. La de Simmaco se acercaba mas al hebreo como que tambien conservó su cronología: pero su version era mas clara y menos literal que la de Aquila. Orígenes halló ademas, otras tres sin nombre de autor, y así fueron conocidas con los nombres de quinta, sexta y sétima version. No contenian mas que una parte de los libros santos, y especialmente los que se hallan en verso en el texto hebreo.

Publicó Orígenes todas estas versiones con el texto hebreo, en

una misma coleccion, poniéndolas en columnas, unas al lado de las otras, para que pudiesen compararse fácilmente y reconocerse de una ojeada todas sus diferencias. La primera columna era la version hebrea en los propios caracteres de este idioma: la segunda el mismo texto en caracteres griegos; en la tercera la version de Aquila, la de Simmaco en la cuarta, en la quinta la de los setenta, y la de Teodocion en la sexta. Las otras tres anónimas iban puestas en las siguientes columnas; pero como no contenian mas que libros ó partes de la obra, les dió el nombre de Hexaplos, por las seis columnas que contenian las dos ediciones del texto hebreo y las cuatro versiones enteras. Con todo, en adelante se llamó Octaplos á la parte que comprendia otras dos columnas para las versiones quinta y sexta. Acaso desmembraron esta parte para publicarla con separación, aunque con nada puede justificarse que Orígenes la hiciese: solo consta que trabajó en la primera. En cuanto á la sétima version era tan corta, que no pudo ocasionar su insercion un nuevo título, porque solo contenia los salmos y algunos profetas de los menores. Lo único que resta de todas estas obras, es unos largos fragmentos recopilados por Montfaucon.

Como los ejemplares en que habia tantas columnas exigian considerable trabajo y gastos, hizo Orígenes otra edición menos ámplia, que solo tenia las versiones de Aquila, Simmaco, los setenta y Teodocion. Tambien estaban colocadas una junto á otra y por el mismo órden que en la grande. El le puso por título Tetraplos, como que no incluía mas que cuatro columnas. Ultimamente emprendió Orígenes una edición de la de los setenta, que pudiese suplir á estas inmensas colecciones. Publicó el texto de ella revisado con gran cuidado para que no conservase ninguna de las muchas equivocaciones en que habian incurrido los copiantes: la comparó con otras muchas, y añadió en ella lo que halló de mas en el texto hebreo que en los setenta, anotando estas adiciones con signos arbitrarios para que se pudiesen reconocer. Habíalas sacado de otras versiones, y principalmente de Teodocion. Tambien señaló con diferentes cifras lo que tenian los setenta mas que el hebreo, de manera que podian verse en un momento la conformidad y diferencias respectivas de los citados textos. Otras veces indicaba las variantes que hallaba en los ejemplares de los setenta, cuando no le ocurría motivo de determinar su eleccion entre las diferentes leyendas (1). Los copiantes posteriores omitieron las señales que ser-

(1) Muchos célebres autores dicen que esta edición de los setenta no era un trabajo diferente y separado de la edición incluida en la obra de los Hexaplos. Con efecto, parece que en esta última habia anotado con cifras la diferencia en las versiones para que se enchainen de ver mas fácilmente; resulta así por el testimonio positivo de Rufino y de San Gerónimo. Pero el último dice expresamente que Orígenes habia mezclado los textos de los setenta y de Teodocion, añadiendo al primero lo que tenia de mas el segundo, y seña-



rían para indicar las adiciones; por su descuido no tenemos en toda su pureza el texto primitivo de la version de los setenta.

No pretendió Orígenes con estas tareas disminuir la autoridad de los setenta, cuya version estaba efectivamente recomendada á todos los cristianos por la opinion de los apóstoles que la habian citado, y por la aprobacion de la Iglesia que en los parages donde se servia de ella, como que se usaba en los parages donde se hablaba el griego, y de ella se habia sacado la version latina, que corria en el Occidente. Al contrario, se dedicaba á defenderla contra las impugnaciones de los samaritanos y judíos, demostrando cuán conforme estaba con el texto hebreo en el fondo, y á pesar de algunas ligeras diferencias sobre cosas puramente accesorias. Por su carta á Julio Africano hemos visto que tal era su designio, y que estaba muy distante de aprobar ciertas correcciones que pudiesen debilitar la autoridad de un texto admitido por todas las Iglesias. Del mismo modo se explica en diferentes pasages de sus comentarios. Esta conformidad del texto con todas las versiones contribuía por otra parte á resolver las dificultades que podian ofrecer los lugares oscuros, y daba medios para conocer el verdadero sentido de los setenta en aquellas frases en que se hubiesen deslizado faltas ó diferencias en los ejemplares por negligencia de los copiantes.

De tres maneras eran las obras que Orígenes compuso para interpretar la Escritura: primeramente escolios ó interpretaciones cortas en forma de notas sobre los pasages dificultosos; en segundo lugar comentarios seguidos y mas extensos sin comparacion, en los que se entregaba á toda la sutileza de su ingenio para penetrar profundamente el texto sagrado, y muchas veces para descubrir en él conceptos alegóricos y misteriosos; y últimamente, las homilias ó familiares instrucciones que pronunciaba delante del pueblo, en las que se dedicaba mas á las explicaciones morales, acomodándose á los alcances de los oyentes. De los escolios de Orígenes no ha quedado ninguno. Muchas homilias suyas tenemos; pero poquísimas en griego: su mayor número consiste en traducciones latinas hechas por Rufino, San Jerónimo y otros antiguos, y con tanta libertad se hicieron las mas, que no es fácil atinar lo que pertenece realmente en ellas al autor.

Los comentarios de Orígenes sobre la Escritura, formaban la parte mas considerable de sus obras; y aunque la relacion que de ellas se nos ha trasmitido no la comprenden todas, admira tan prodigiosa fecundidad. Solo de los cuatro primeros capitulos del Génesis sacó materia para trece volúmenes; sobre el Cántico de los Cánti-

lando lo que este tenia de menos. Mas como esta mezcla no existe ciertamente en los Hexaplos, donde era perfectamente inútil é inoportuna, en atencion á que las dos versiones se hallaban enteras una enfrente de otra; es necesario convenir que Orígenes presentó en un mismo texto y en edicion aparte, las variantes que solo habia dejado indicadas en los Hexaplos.

cos, diez; sobre la tercera parte de Isaías, treinta; sobre Ezequiel, veinticinco; otros tantos sobre los profetas menores: de aquí puede inferirse cuántos serian sus escritos sobre los demas libros de que no hablamos. No habia sido mas conciso en sus explicaciones sobre el nuevo Testamento, pues que llenó veinticinco tomos con sola la del Evangelio de San Mateo, treinta y dos ó mas tal vez sobre el de San Juan, y quince ó veinte sobre la epístola á los romanos. De todas estas numerosas obras no conservamos mas que algunos fragmentos sobre ciertos libros del antiguo Testamento, bastantes tomos en griego y en latin sobre los Evangelios de San Mateo y San Juan, un compendio latino del comentario sobre la epístola á los romanos y unos pocos fragmentos sobre las demas epístolas.

Tambien el tiempo ha devorado las demas obras suyas. Las únicas que han quedado, con las dos cartas que hemos citado, son los libros de los Principios, un tratado de la oracion y el célebre tratado contra Celso. Entre los perdidos se notan particularmente dos libros sobre la resurreccion y otros dos diálogos sobre el mismo asunto, una explicacion de los nombres propios del nuevo Testamento, como continuacion de la obra de Filon que trataba de lo mismo respecto del antiguo, un tratado sobre el libre albedrío, otro muy erudito sobre la Pascua, y finalmente, los diez libros que habia titulado Estromas, á imitacion de Clemente Alejandrino, y eran una especie de comentario sobre los sistemas de los mas célebres filósofos, comparando sus máximas con la doctrina cristiana para demostrar su conformidad. San Jerónimo cita algunos fragmentos de esta obra, y asegura que contiene muchos errores, especialmente sobre la resurreccion (1), por lo que nadie se atrevió á traducirla. Con todo, se advierte por el testimonio de San Epifanio y Teodoro, que Orígenes habia combatido en sus escritos todas las heregias; pero se ignora si ha publicado tratados particulares á este fin, ó si aluden aquellos autores á los diferentes pasages de sus obras donde son refutados.

Escribió Orígenes el tratado de la oracion para oponerse á ciertos impíos, que afirmaban la inutilidad de aquella, y que no adoptando ni el culto exterior, ni ceremonias en la religion, despreciaban tambien el bautismo y la Eucaristía. Despues de haber respondido á sus razones falsas, y manifestado las ventajas de la oracion con muchos ejemplos y motivos sacados de la Escritura, entra en una dilatada explicacion acerca de la oracion dominical y acaba por dar instrucciones sobre el modo de rezar. En esta obra abundan las máximas y reglas utilísimas á la piedad, y hay pormenores interesantísimos sobre la disciplina de aquellos tiempos. Allí

(1) Parece que Orígenes no creia la resurreccion de la carne, porque no quedase el espíritu sino un cuerpo celeste, segun las ideas neoplatónicas.



se observa una prueba auténtica de la fé en los primeros siglos de la Iglesia respecto de la intercesion de los santos. Establece Orígenes este dogma refiriendo la historia de los Macabeos, y añade: "Pues que han recibido los santos la perfeccion de la ciencia, absurdo sería el creer que no tienen tambien la perfeccion de todas las virtudes, siendo la caridad con el prójimo la principal de todas ellas." Reconoce tambien la potestad de perdonar los pecados, comunicada á los apóstoles por Jesucristo y transmitida á sus sucesores.

El Periakon ó libro de los principios, tenia por objeto destruir por su cimiento los errores de Valentino, Marciano y otros gnósticos sobre el origen del mal: estableciendo al mismo tiempo los principios y reglas de la fé cristiana, para que sirviesen de introduccion al estudio de la religion. Compúsole Orígenes hácia el año de 230, antes de dejar la ciudad de Alejandría, y casi al mismo tiempo que sns Estronmas. Principia asentando este principio general: así como se debe el cristiano dedicar á seguir la doctrina de Jesucristo para conocer la verdad, en vez de buscarla en vano en sectas extrañas; del mismo modo puede saberse lo que Jesucristo ha enseñado, y convencer de falsas todas las doctrinas que á esta se opongan, con la autoridad de la Iglesia y por la tradicion no interrumpida de los apóstoles. Pero no siempre enida Orígenes de conformarse con su misma regla, y en esta obra, mas que en todas las demas, vertió muchas ideas copiadas del filósofo Platon; siendo igualmente este libro el que ha dado ocasion con toda preferencia á la crítica y censuras de sus contrarios. No se ha conservado mas que la traduccion de Rufino, quien se tomó al hacerla la mayor libertad, como se echa de ver si se compara con los pocos fragmentos que han quedado del original. Ademas, el traductor en su prólogo declara que ha añadido lo que le parecia necesario para la inteligencia del texto, y omitido lo que creia contrario á la doctrina del Evangelio, principalmente sobre la Trinidad, porque supone que los hereges se empeñaron en corromper esta obra, introduciendo sus errores en ella, para autorizarlos con el nombre de Orígenes. Sin embargo, no dejan de leerse en ella muchas opiniones atrevidas y aun completamente dignas de anatema.

Los gnósticos para explicar el origen del mal, atribuian la formacion del mundo á un principio naturalmente malo ó á genios subalternos é imperfectos, que dispusieron sin que lo supiese el supremo Dios, la materia viciosa y rebelde increada; contra esta asercion establece Orígenes primeramente que no hay mas que un solo y único principio de todas las cosas, un solo Dios necesariamente bueno é inmutable, que tiene un Hijo eterno como él, nacido de su propia sustancia, de una manera inefable y sin principio: que este Hijo, llamado la sabiduría y el Verbo del Padre, no es otra cosa que Jesucristo, Dios y Hombre al mismo tiempo, y en fin, que el Espí-

ritu Santo que procede del Padre, participa de su divinidad, y en todo le es igual, poseyendo como él la eternidad y la omnipotencia: prueba despues que la materia no es increada, ni independiente, sino que Dios lo ha producido todo y formado el mundo por su Verbo; y sentando por principio que las criaturas son necesariamente imperfectas y sujetas á mudanzas, explica el origen del mal por la referida imperfeccion y por el abuso de la libertad. Añade que el libre albedrio existe y se demuestra por la razon y por la Escritura, y responde á todos los reparos que, abusando de pasages que se hallan en sus obras, oponen los hereges para combatirlos; pero lleva tan adelante las consecuencias, que considera la desigualdad de las criaturas y la diferencia de su estado, como un efecto de su propio mérito. Segun su opinion, Dios principió la formacion del mundo, creando cierto número de espíritus iguales, cuya mayor parte cayeron en pecado: para castigarlos los encerró en cuerpos mas ó menos toscos á proporcion de sus faltas; de manera, que unos se han convertido en ángeles, otros animan á los astros ó á los hombres; porque Orígenes se empeña en que los ángeles tienen cuerpo aunque muy sutil, y que los astros tienen alma, pero procedente de espíritus menos culpables que los que habitan este mundo inferior. El alma de Jesucristo es entre todos los espíritus, el que desde el principio está unido á Dios con mas perfecta caridad, y por eso mereció unírsele mas íntimamente para no estar jamas separado de él. Todas las demas están sujetas á pasar del bien al mal y al contrario, como que siempre gozan de su libre albedrio; resultando en consecuencia, una continua alternativa de felicidad y de castigo para ellas. Pero estas mudanzas de estado no ocurren momentáneamente sino en el curso de muchos siglos y á medida que se suceden los mundos; porque supone que Dios crió desde el principio muchos mundos que han precedido á este, y que no cesará de crear otros nuevos, porque no puede estar ociosa su potencia. Toda esta doctrina la bebió Orígenes en la filosofía de Platon, y de él tomó tambien el principio especioso de que todas las penas deben ser medicinales, teniendo por objeto la correccion del que las sufre; y deduce de ahí que no serán eternas las penas de los condenados, y que los demonios mismos se convertirán en un día para volver á la gracia de Dios. Pero se puede creer que este error le añadieron los hereges á su libro, porque en la carta que escribió á sus amigos de Alejandría, se queja amargamente de que le atribuyesen tan extraordinaria impiedad. Por otra parte reconoce expresamente la eternidad de las penas en muchos pasages de sus obras, y con especialidad en el octavo libro contra Celsó. Hasta el mismo Platon, ademas de las penas que sirven para la correccion de los culpables, admite tambien otras que sirven de escarmiento y deben por lo mismo ser eternas, porque se aplican á las faltas inexpiables y á crimi-



nales cuya suerte y disposiciones no pueden cambiarse (1). Luego no es probable que Orígenes, adoptando el principio de Platon, haya querido restringirle y modificarle precisamente en sentido opuesto á la doctrina de la Iglesia (2). En cuanto á los demas errores, señalaremos muy pronto los que se le pueden realmente achacar.

La obra mas importante de Orígenes, es el tratado que escribi6 para impugnar el libro que Celso habia publicado contra los cristianos hácia el medio del siglo II. Habia recogido este filósofo no solamente las mentiras y calumnias que se habian esparcido contra ellos á consecuencia del ciego aborrecimiento y las animosidades populares, sino que habia añadido los sarcasmos, la ironía, e sofisma con todo el falso brillo y capciosidad que suele acompañarlos, para presentar su doctrina como odiosa, ridicula y desprezable al mismo tiempo. Reprendía á los judíos convertidos, porque abandonaron su ley sin motivo, y á los otros cristianos, porque se dividían en muchas sectas que no tenían entre sí nada de comun mas que el nombre. Pintábalos con orgulloso desden como á fanáticos é ignorantes, que cometían la locura de preferir á la creencia de los griegos una oscura religion, nacida entre bárbaros: calumniaba indignamente los motivos de su santa union, y condenaba sus asambleas por sediciosas y opuestas á las leyes. Esforzándose en destruir por los cimientos la fé cristiana, procuraba probar que los dogmas todos deben sujetarse al examen de la razon: no creía las profecías ó les oponía oráculos de los paganos: atribuía á mágia los milagros de Jesucristo: negaba la verdad de la resurreccion; contradecía su sagrada doctrina en varios puntos, y en otros creía hallar semejanza ó relacion con la filosofía de Platon; jamas perdia ocasion de impugnar la divinidad de las Escrituras, de buscar

(1) En el *Gorgias* hácia el fin.

(2) El P. Petau cita muchos pasages de otros escritos de Orígenes, en que igualmente se hallan errores sobre esta materia; pero los unos no son tan absolutamente positivos que no pueda dárseles una favorable interpretación, y otros que no parecen capaces de recibirla: era necesario probar que no eran obra de una sencilla alteracion, porque es indudable que los herejes han alterado y corrompido sus obras. No dejamos por esto de confesar que no siempre Orígenes ha sido bastante exacto en la explicacion del dogma católico en este punto, y que á veces le ha limitado con excepciones realmente dignas de anatema; pero al mismo tiempo no es menos cierto que creía en el fondo de ellos: porque en muchos lugares reconoce, como hemos repetido, la eternidad de las penas no solo para los demonios, sino para los condenados. En la sétima homilia sobre el Exodo, recuerda á los pecadores para apartarlos del vicio, este texto del profeta Isaias: *no morirá el gusano roedor, ni se apagará el fuego en que serán abrasados*. En el octavo libro contra Celso, dice, que si los cristianos hallan hombres absolutamente rebeldes á sus doctrinas, procuran que al menos admitan el dogma de las penas eternas á fin de secarlos de su obstinado endurecimiento. Últimamente, explicando á San Mateo, repite muchas veces que el fuego con que serán castigados los condenados, debe ser eterno, y aun vuelve á citar el mismo pasage de Isaias.

en ellas contradicciones, y de hacer que resaltasen las dificultades aparentes, que pueden ocurrir en algunos hechos referidos en las mismas.

Examina Orígenes sucesivamente todas las objeciones de Celso, y ninguna deja sin respuesta. Establece la necesidad de la fé, y manifiesta que la verdad del cristianismo descansa en incontestables pruebas. Hace ver que los judíos, convirtiéndose al Evangelio, permanecen fieles al espíritu de su ley antigua, en la que estaba anunciada y preparada la venida de Jesucristo: que los verdaderos cristianos no forman mas que un cuerpo unido por la comunidad de creencia y por los vínculos de la caridad: que la doctrina católica permanece siempre inalterable y uniforme en medio de todas las heregias, y que no deben contarse por tales católicos los sectarios que tienen diferente Evangelio, y no reconocen ni aun el nombre de Jesucristo. «Como son pocos, dice, los hombres que tienen el tiempo y capacidad necesaria para entregarse á serias y largas discusiones; si fuese indispensable para la fé la via del examen, la mayor parte de ellos permanecerían en la corrupcion de sus costumbres por no poder saber la verdad: en lugar de que una multitud de cristianos dirigidos por la fé, han corregido las suyas, segun las reglas de la mas perfecta sabiduría. La vida del hombre supone creencias que no tienen otro fundamento que la autoridad: los mismos filósofos se deciden regularmente á preferir una secta respecto de las otras, sin haber examinado previamente y con detencion sus principios, y solo por la preocupacion que se funda únicamente en la autoridad de otro hombre. ¿Pues no será mas racional creer en la autoridad de la divina palabra confirmada por profecías y milagros?»

Refiere Orígenes las principales profecías en que se anunciaron claramente el nacimiento, pasion y muerte y todas las demas circunstancias de la venida de Jesucristo, y observa que desde la predicacion del Evangelio ya no han tenido los judíos profecía, ni milagros, ni señal alguna de asistencia divina, como se han visto y se ven entre los cristianos. Por lo tocante á los oráculos de los paganos que Celso oponía á las predicciones de la Escritura, hace ver Orígenes que no eran aquellos ciertos: que los sábios no hacían mérito de ellos; y aun cuando alguna cosa real hubiera habido en este punto, la desareglada conducta de los que emitían tales oráculos, y la vergonzosa manera con que la pitonisa era inspirada, debían inducir la creencia de que los demonios eran los autores de una eminente santidad. En unos y otros oráculos y profecías, solía haber á veces oscuridad; pero con esta diferencia, que los oráculos paganos, siempre oscuros, nada útil contenían: mientras los profetas hablaban con claridad en gran número de profecías, que desde luego debían ser comprendidas; y en las exhortaciones que lle-



vaban el objeto de corregir las costumbres. Así se han conservado escrupulosamente sus discursos, que aun hoy sirven para excitar á los hombres á la virtud.

No negaba Celso que Jesucristo hubiera hecho milagros, sino que los atribuía á magia, que en su concepto aprendería en Egipto, y como en el mismo Evangelio se hace mención de los falsos profetas y falsos milagros, intentaba este filósofo confundir los unos con los otros, y atribuirlos todos igualmente á operaciones diabólicas. Orígenes alega que en admitiendo una potencia superior á la naturaleza, como haya una potencia mala, es necesario creer que hay otra buena mas superior que esta: y en consecuencia si han existido falsos milagros obrados por el demonio, los hay tambien verdaderos que no tienen otro autor que Dios. Es facilísimo distinguirlos con toda seguridad observando las costumbres y doctrina de los que hacen milagros, y los efectos que de éstos resultan. Moisés y los profetas, Jesucristo y sus discípulos no han enseñado mas que una misma doctrina enteramente digna de Dios y soberanamente útil á los hombres: ellos han practicado los primeros lo mismo que enseñaban, produciendo de esta manera frutos inmensos y durables. Moisés hizo adoptar sus leyes á un pueblo que durante un gran número de siglos ha conservado una religion pura y costumbres conformes á la verdadera sabiduría. Jesucristo ha reunido todas estas naciones en el conocimiento del verdadero Dios y en la práctica de todas las virtudes. Los impostores no se proponen corregir á los hombres, siendo ellos corrompidísimos, y sus milagros no causan ordinariamente grandes efectos. "No creo, añade Orígenes, que hayan quedado en el mundo treinta sectarios de Simon Mago, y eso que jamas han sido perseguidos." Y en otra parte dice: "Es imposible que se figuren dudas acerca de la resurreccion de Jesucristo, referida por los evangelistas con tales circunstancias, que dan á su testimonio autoridad irrecusable. Murió nuestro Señor en público, en una cruz, delante de todo el pueblo judío; y las precauciones tomadas al tiempo de sepulturar su cuerpo, imposibilitaban todo artificio y mentira. No hay que preguntar por qué no descendió de la cruz, y por qué no se presentó á todo el mundo despues de resucitado, porque no nos toca á nosotros el prescribir á Dios el método que ha de emplear para sus prodigios. Es suficiente que se apareciese primero á San Pedro, despues á los demas apóstoles y á quinientos discípulos reunidos. A no haberle visto resucitado, si no hubieran estado convencidos por esto de su divino poder, ¿cómo habrían podido tener el pensamiento y el valor de acometer toda clase de peligros y abandonar su país para enseñar por todas partes, segun la orden del maestro, la doctrina que les habia comunicado? Preciso era que presenciasen alguna cosa extraordinaria para obligarse á seguir sus máximas y hacer que los demas las abrazasen, no obstante los peligros positivos é innumerables dificul-

tades de semejante empresa. No hay mas remedio que creer á unos hombres que sufren todos los tormentos y la muerte misma por dar testimonio de lo que han visto. Considérese que los apóstoles no eran unos sábios, ni aun instruidos, eran hombres del comun, simples pescadores, sin instruccion alguna, y en este punto ellos mismos lo publicaban. ¿De dónde les vino ese poder con que convirtieron tantos judíos y gentiles, que ha triunfado de todas las resistencias de la tierra, de la oposicion de los emperadores, del senado, de los magistrados y del pueblo? Jesucristo, pues, es evidentemente Dios, supuesto que ha vencido tantos obstáculos y extendido su religion en todo el universo, como lo habia profetizado. No hay motivo para suponer que los apóstoles se hubieran atrevido á emprender la conversion del mundo entero, sin hallarse sostenidos por una virtud divina; ni que los pueblos abandonasen las costumbres antiguas, heredadas de sus antepasados, para adoptar una doctrina tan opuesta á ellas, si esta mudanza no hubiese sido obra milagrosa de una potencia extraordinaria. Aun se veian en tiempo de Orígenes vestigios de ese don de milagros entre los cristianos. Predicaban lo venidero, curaban á los enfermos, y lanzaban los demonios invocando á Jesucristo: estos prodigios convertian á muchas personas, principalmente á los poseidos de los espíritus infernales, en cuanto se veian libres de ellos.

El grande fruto de la predicacion del Evangelio, es el extraordinario cambio que se observó en las costumbres de tanto número de personas que renunciaron á la disolucion para vivir con pureza, hasta el punto de emprender muchísimos la continencia total ó perfecta, y eso en todas las categorías y en todos los países, porque no hay nacion donde no se haya establecido y practicado esta doctrina. Con efecto, los cristianos se aplicaban con tanto celo á la conversion de los infieles, que muchos no se ocupaban en otra cosa, que en recorrer las villas y lugares con este santo objeto: y temerosos de que les achacaran á interés terreno este celo, las mas veces ni aun recibian lo que les presentaban para su mantencion, ó si alguna se veian obligados á ello, solo tomaban lo necesario aunque les dieran mucho mas. Añade Orígenes: "Ahora que entre los muchos que se convierten hay ricos, autoridades, señoras nobles y opulentas, puede ser que alguien diga que un cierto anhelo de gloria nos estimula á predicar nuestra doctrina; pero no cabia esta sospecha á los principios, cuando corrían grandes peligros todos los que evangelizaban y con especialidad los doctores: aun hoy mismo el honor que podemos conseguir de parte de los fieles, no equivale al odio y al desprecio que tenemos que sufrir de los paganos."

Este celo por la conversion de los paganos, no impedía á los cristianos que examinasen y probasen en cuanto era posible, á los que querian admitir su doctrina. Al principio los preparaban con exhortaciones privadas y exorcismos, antes de admitirlos en sus asam-



bleas: y cuando los veian determinados á seguir las reglas del cristianismo, los recibian en el número de los catecúmenos para fortificarlos en esta resolución y disponerlos para el bautismo. Tenian para instruccion de ellos y su direccion, personas especialmente encargadas, que examinaban su conducta, y no siendo muy arreglada, los despedian, porque el bautismo no se administraba sino á los que hacian una vida perfectamente conforme á las máximas del Evangelio. Instruianlos gradualmente segun sus alcances y disposiciones. Antes los iban desviando de la idolatría, elevando su espíritu al conocimiento de Dios, y dándoles á comprender que no es lícito hacer á las criaturas los honores que son debidos exclusivamente á la divinidad: despues les explicaban la venida del Mesias y las profecias en que claramente se habia anunciado con toda distincion; y cuando estaban suficientemente preparados, se les enseñaba la doctrina del Evangelio y los escritos de los apóstoles.

Origenes hace notar la diferencia que hay entre las asambleas de los fieles, y las de los paganos, en estos términos: "¿Quién podrá desconocer que los fieles mas tibios, cuyo número es muy pequeño en comparacion de los que traen una santa vida, valen aun mucho mas que los que componen las sociedades paganas? Por eso la Iglesia de Atenas ofrece un modelo de union y de caridad, en lugar de que en las reuniones del pueblo ateniense, no se ve mas que desórden y sedicion. Lo mismo sucede en las demas ciudades. Todavía seria mas noble la diferencia si se tratase de comparar á los obispos y á los mas relajados sacerdotes, con los magistrados gentiles; porque se hallará á los primeros dignos de gobernar la ciudad de Dios, en tanto que los otros nada presentan en sus costumbres que los pueda sacar de la esfera del vulgo. ¿Cómo se atreve Celso á tratar con tanto desprecio á unos sujetos cuyas máximas y conducta superan grandemente á las de los paganos? Estos adoran las criaturas, estatuas y animales. Los cristianos, superiores en sus miras á todas estas cosas visibles y creadas, elevan su culto hasta aquel de quien todo depende, y que ve los mas secretos pensamientos. Siempre están dispuestos á padecer antes que faltar á nada de lo que le son deudores. Respetan los vínculos de la sociedad civil, observando exactamente la justicia, y se portan como poseidos de la mayor caridad y dulzura. Tan lejos está su doctrina de inducir á la sedicion, que no emplean mas que la paciencia aun contra las persecuciones. Huyen de los placeres criminales y deman las inclinaciones violentas para agradar á Dios, en vez de que los paganos se abandonan á la voluptuosidad con el mayor cinismo, sin rastro de pudor. Los cristianos menos instruidos, son en este punto muy superiores á los filósofos, á las vestales y á los pontífices paganos. Ningun cristiano está manchado con estos vicios, ó si le hubiere, no es del número de los que concurren á las asambleas nuestras y participan de nuestras oraciones, á menos que se

ande ocultando entre la multitud, cosa que no puede ser frecuente." En efecto, se echaba de las Iglesias á todos los que caian en pecados considerables, especialmente de impureza. A pesar de esto, si hacian penitencia, los admitian á reconciliarse, despues de muy eficaces pruebas y mas prolongadas que para el bautismo; pero quedaban excluidos de toda funcion pública en la Iglesia.

Las objeciones de Celso movieron á Origenes á explicar muchos pasages de la Escritura, y algunos de los principales dogmas de la religion, para resolver las dificultades propuestas por aquel filósofo. El plan de nuestra obra y sus dimensiones, nos impiden extender mas nuestra análisis; y los extractos hechos hasta aquí, bastan para dar una idea de este admirable tratado, que puede considerarse como la apología mas completa del cristianismo, y la mejor escrita de la antigüedad. En ella se encuentra grande erudicion, sólidos raiocinios, desenvueltos con fuerza y claridad, estilo noble, vivo, elegante y muy notable por la perspicuidad de la expresion, siempre correspondiente á la exactitud y precision de las ideas. Compúsole en los últimos años de su vida, hácia el fin del reinado de Filipo: todavía le tenemos en griego, y al parecer nada se ha alterado en él, de modo que debe servir con preferencia á las demas obras, para declararse sobre los verdaderos sentimientos del autor, y los errores que se le atribuyen. Réstanos que decir alguna palabra sobre este asunto, para que se conozca mejor á este célebre doctor.

En varios pasages de este libro y otros escritos suyos, se explica Origenes de la manera mas clara y formal, sobre el misterio de la Trinidad. Enseña que las tres divinas Personas, aunque realmente distintas, tienen una misma sustancia, y no componen mas que un solo Dios: que el Hijo y el Espíritu Santo son eternos como el Padre: que participan de su naturaleza y poder, y que son incorpóreos, invisibles y adorables como él (1). San Atanasio invoca su autoridad contra los arrianos, y en particular cita un texto notabilísimo, en que no solo se explica en términos precisos la eternidad del Verbo, sino que se justifica con muchas pruebas que en adelante sirvieron para la defensa de este dogma. Con respecto á los pasages que pueden ofrecer alguna dificultad, hace una observacion que acaso no se ha tenido en cuenta, y es, que no se debe mirar co,

(1) Se pueden consultar sobre este punto los muchos pasages que trae el padre Cellier (*Histor. de los autores sagrados*, &c., tom. II). Solo observaremos que Celso inculpaba á los cristianos, porque negando la pluralidad de los dioses, dan á Jesucristo el mismo culto que á Dios; lo que prueba que la divinidad del Hijo era un dogma constante y aun sabido de los paganos hácia la mitad del II siglo. Respondiendo Origenes á esta acusacion en su octavo libro, lejos de negar el hecho, se dedica á probar por el contrario, que cuando los cristianos adoran á Jesucristo, no reconocen muchos dioses, en razon á que el Padre y el Hijo, aunque son dos personas distintas, no son mas que una misma divinidad.



mo pensamiento propio de Orígenes, cierto número de ideas emitidas por él en forma de problemas y dudas; antes si son pensamientos de los hereses con quienes disputa. De donde puede concluirse, que desnaturalizaban el sentido de sus obras para atribuirle opiniones que emitía como objeto de las diferentes controversias y disensiones en que se ocupaba, y no como si fuesen realmente problemáticas en sí mismas; ó tambien consecuencias que sacaba de las doctrinas heréticas, sin pensar en aprobarlas, y solamente para valerse de ellas contra sus autores, como argumentos personales.

Como la doctrina de los gnósticos se prestaba sobre todo maravillosamente por su incoherencia á este género de impugnación, puede juzgarse que para alterar los escritos de Orígenes y hacer que pasen por suyos los errores de los hereses, no han tenido éstos necesidad de otra cosa que omitir ó cambiar algunas palabras que expresaban su pensamiento con toda claridad. Esta observación debe tambien aplicarse á los demas errores que se le imputan, y lo que sirve para confirmarla es, que se hallan en algunos escritos suyos cierta perplejidad y contradicciones, que no se pueden suponer en un escritor que en lo general de sus obras gasta tanta pureza y precision en las ideas.

En tan positivos términos se explica Orígenes sobre el misterio de la Encarnacion: reconoce en Jesucristo dos naturalezas unidas en la misma persona: dice que Dios se ha manifestado en un cuerpo humano; que tomando cuerpo en las entrañas de la Virgen, no ha sufrido mudanza alguna el Hijo de Dios en cuanto á su divina naturaleza: que si padeció, fué como hombre y no como Dios; y reproduce bajo todos aspectos en su libro contra Celso, estas mismas ideas, que no dejan duda alguna de su ortodoxa santidad respecto á la divinidad de Jesucristo.

Ya dijimos arriba lo que debia pensarse del error que se le imputa relativamente á la eternidad de las penas, y á la salvacion de los demonios. Pero nos vemos precisados á convenir en que por lo respectivo á otros puntos, ha sentado opiniones singulares y atrevidas, que no hallándose fundadas en la tradicion de la Iglesia, han sido generalmente reprobadas. Así, parece cierto que él admitió la preexistencia de las almas, que los astros tambien las tenian, que los ángeles se hallaban revestidos de cuerpos sutiles, y en cierto modo aéreos, y que aun las almas de los hombres conservaban después de morir unos cuerpos tambien aéreos ó sutiles, y que por esta razon se veian muchas veces espectros y apariciones en torno de los cementerios. En su obra contra Celso se conservan muchos vestigios de estas opiniones, que siempre presenta como dudosas ó como particular sentir suyo, distinguiéndolas de la opinion y creencia general; y lo que puede disuadirle algun tanto sobre estas cuestiones y otros pocos puntos no admitidos, es que la tradicion de la Iglesia no habia decidido aún auténticamente esta materia. Por-

que aun cuando no se niegue que él se abandonó demasiado á las conjeturas y sistemas filosóficos en materias cuyo exámen creia ilícito, se ve tambien que en todo lugar presenta la mayor sumision y el mas profundo respeto á la fé general (1).

Hállanse en los escritos de Orígenes una porcion de pasages, que sirven para justificar al mismo tiempo su ortodoxia y la antigüedad de la tradicion sobre los dogmas principales de la fé católica. Reconoce expresamente que todos los hombres nacen con el pecado

(1) El sistema de la preexistencia de las almas, tomado de la filosofía de Platon, era uno de los principales puntos de la doctrina que se enseñaban en la escuela filosófica de Alejandria. Pero los platónicos de ella no admitian la creacion propiamente dicha, y miraban las almas como una emanacion de la divinidad. Los gnósticos, que tambien admitian la hipótesis de las emanaciones, decian que las almas estaban retenidas en los cuerpos, sea por el principio malo, sea por genios subalternos, que procuraban arrastrarlas á la culpa por la fuerza de las inclinaciones de la materia. Al contrario, Orígenes creia que las almas han sido creadas, y que Dios las unió á los cuerpos en castigo de sus faltas anteriores. En cuanto á su opinion sobre los cuerpos sutiles de que los ángeles están revestidos, y que las almas, á su pesar, conservan después de muerta el hombre, puede mirarse igualmente como adquirida en las mismas escuelas de Alejandria; porque ofrece la mayor analogia con el sistema explicado poco tiempo después por los nuevos platónicos. Como el alma es inmaterial, y por estas razones estos filósofos no creian que ocupase lugar ni mudase de sitio por sí sola; la suponian unida desde el principio á un cuerpo celeste y luminoso que le servia como vehiculo para trasladarse de un lugar á otro, de cuyo cuerpo nunca debian separarse. Este, formado de cuanto hay de mas sutil, residia, segun ellos, en el cerebro, para dar vida al cuerpo material y mantener la armonía general (Plotin. *Ennead.* lib. III.—*Pletho, in orac. Chald.*) Asimismo admitian otro cuerpo aéreo, que llamaban el vestido del alma, porque en cierto modo servia para hacerla visible. Este cuerpo, que representaba la figura humana como las sombras de que hablan los antiguos poetas, estaba formado de vapores mas ó menos groseros, los que el alma condensaba en su rededor en las diferentes regiones del espacio que recorria, bajando del cielo antes de unirse al cuerpo terrestre (Porfirio, *de antro nymph.*). Aunque compuesto de cuatro elementos, le llamaban aéreo, porque su mayor parte consistia en el aire, del mismo modo que llamaban terrestre al tercero, porque principalmente estaba formado de tierra. Hizose el cuerpo mas compacto y pesado, de resultas de la intemperancia y de las pasiones, y en tal estado impedía al alma después de la muerte, que se elevase á las regiones superiores; descendia á los infiernos, donde el alma, incapaz de sufrir en sí misma, se hallaba sujeta á padecer diferentes suplicios por medio del cuerpo (Porfirio, *ibid.*). Tambien se le veia errante á veces junto á los sepulcros ó cerca de lugares habitados por el difunto, y así se explicaban los espectros y las apariciones. Por lo demas, este cuerpo se mantenía de vapores aun después de la muerte, y se hacia visible por la condensacion, cuando desaparecia súbitamente enrareciéndose (Filopono, *Comment. in Arist. De anima*). Solo cuando se hallaba completamente purificada ó cuando se veia exenta de pasiones, entonces el alma, desembarazada de aquella grosera vestidura, se elevaba al cielo con el cuerpo luminoso é incorruptible que se le habia asociado como vehiculo. Parece que Orígenes habia admitido en gran parte estas ideas, cuya mayor parte se notan fácilmente en el tratado contra Celso.



original, y da por prueba el bautismo de los niños. Enseña que para que sea válido y eficaz este sacramento, debe conferirse en nombre de las Personas divinas. En muchas partes establece el libre albedrío y la necesidad de la gracia para todas las acciones. Se explica claramente sobre la real presencia, diciendo unas veces que en los divinos misterios se recibe el cuerpo de nuestro Señor: otras que el pan que se ofrece en la celebracion de la Eucaristia, se convierte en un cuerpo santo, y que santifica á los que dignamente le reciben: finalmente, otras que la carne del Hijo de Dios se ha hecho realmente alimento de los fieles. Con respecto á la penitencia, dice que nada mas que una vez se concedia la penitencia pública: exhorta á los pecadores á que no se avergüencen de confesar sus faltas para obtener el perdón de ellas, y les recomienda que escojan con cuidado el médico á quien han de confiar el estado de su alma, y que sigan exactamente los consejos que les dé, si juzga que la pública confesion de su falta pueda serles útil: todo esto ofrece una prueba incontestable de la confesion secreta. No continuamos refiriendo mas pormenores, en obsequio de la brevedad, y porque creemos que nada hemos omitido de lo que es necesario para formar un juicio regular de la persona y escritos de este hombre extraordinario.

Entre los muchos discípulos que tuvo Orígenes durante su estancia en Palestina, hemos citado como el mas ilustre á San Gregorio, llamado tambien Teodoro, y por sobrenombre Taumaturgo, en razon del brillo y multitud de sus milagros. Era natural de Neocesarea del Ponto, hijo de nobles y ricos padres, pero paganos; quedó huérfano de padre á los catorce años, y desde entonces principiaron á disgustarle las supersticiones en que le habian educado. Su madre, que le destinaba al foro, dispuso que estudiase la retórica y la lengua latina con maestro de su eleccion, siendo necesarios estos conocimientos para llegar á la magistratura. Se proponia tambien pasar á Berito en Fenicia, donde entonces habia una célebre escuela de derecho romano, cuando una ocasion dispuesta por la divina Providencia le condujo á Cesarea en Palestina con su hermano Atenodoro para acompañar á una hermana, cuyo marido habia sido agraciado con el destino de asesor del gobernador de aquella provincia. Allí encontraron á Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, de quien eran amigos, y que los presentó á Orígenes á poco de su salida de Alejandria. Tanto los encantó con sus discursos este ilustre doctor, que olvidando enteramente el estudio de las leyes, resolvieron entregarse á su direccion y dedicarse á la filosofia, á adquirir la virtud por todos los medios, sin acordarse de patria ni parientes. Principió su enseñanza con la justificacion de esta máxima, cuya verdad reconocieron, que antes de aprender otra cosa es necesario estudiarse á sí mismo, y aplicarse á investigar cuáles son los verdaderos bienes que merecen ser buscados, y los males verda-

deros de que es preciso huir. Demostróles la ceguedad de aquellos hombres que viven entregados á la dependencia de los sentidos como los brutos, sin tratar jamas de instruirse sobre el fin á que son destinados; y luego les fué trayendo de una cuestion en otra á otras mas ingeniosas, á que reconociesen la insuficiencia de sus luces: cuando ya los creyó en estado de recibir la semilla de la verdad, les enseñó sucesivamente las diversas partes de la filosofia. Empezó por la lógica para irles formando el juicio, acostumbrándolos á examinar sus ideas, á pesar el valor de las pruebas, á distinguir los ratiocinios sólidos, y á defenderse de los sofismas y de las preocupaciones. Aplicólos despues al estudio de la fisica, para hacerles comprender la sabiduría y el poder infinito del Criador en la consideracion de sus obras: los acostumbró á que elevasen su espíritu sobre los sentidos, ejercitándolos en demostraciones abstractas con el estudio de las matemáticas y la astronomia; y últimamente, llegando á la moral, no se contentó con explicarles los principios y que estérilmente los aprendiesen, sino se empeñó mas en que pusiesen en práctica las lecciones que de continuo recibian, cuidando de arreglar perfectamente su conducta, y esforzándose con sus ejemplos y discursos en separarlos del amor de las cosas terrenas para emplearlos en la virtud.

Toda esta enseñanza no fué mas que una preparacion para una ciencia mas importante, que fué el objeto de las instrucciones de Orígenes. Como no omitia medio alguno de cultivar la piedad en el corazon de San Gregorio y de su hermano, se ocupaba incesantemente en amoldarlos para adquirir el conocimiento de Dios. Hízoles leer todo lo que escribieron sobre este asunto los filósofos antiguos, exceptuando las obras que sostenian el ateísmo, á fin de que pudiesen escoger entre todas las sectas lo mejor que en ellas hubiese, sin adherirse en particular á ninguna, en conformidad del sistema que se habia adoptado en la escuela de Alejandria; y temeroso de que se engañasen en la eleccion, los dirigia en esta lectura haciéndoles notar los numerosos errores de la filosofia profana, para disponerlos insensiblemente á no escuchar mas que la palabra de Dios. En fin, les explicó las Santas Escrituras de que era entonces el mas hábil intérprete, y la brillante luz que en este estudio recibieron como de un manantial inagotable, les determinó al de la filosofia para entregarse exclusivamente al de las verdades cristianas. En estos propios términos refiere San Gregorio el método con que le enseñó Orígenes; por donde puede deducirse el que este ilustre doctor seguia en general con los demas discípulos.

Habiéndole obligado á Orígenes la persecucion de Maximino á interrumpir su enseñanza, marchó San Gregorio á Alejandria para frecuentar aquellas escuelas, y permaneció allí tres años. Aunque no habia recibido aún el bautismo, su vida era pura, de forma que contrastaba con la de los jóvenes de su edad, que era verdadera-



mente desarreglada y corrompida. Algunos celosos de su reputación, instigaron á una miserable prostituta, para que acercándose á él con insolente familiaridad cuando estuviese con sus amigos, le reconviniese públicamente porque no le habia pagado el salario que le era en deber por el ejercicio de su comercio infame. Indignáronse de tan odiosa calumnia todos los que se hallaron presentes como sabedores de la pureza de su vida. El santo, sin alterarse, pidió á un amigo suyo que diese á la muger lo que quería para que no los importunara mas. Apenas tomó aquella desgraciada las monedas, entróle el demonio en el cuerpo, y con los ojos vueltos se arrojó por el suelo y se arrastró desesperadamente, echando espumarajos por la boca, arrancándose los cabellos y dando espantosos alaridos. Fué preciso acudir á San Gregorio para que la sanase; y en efecto hizo oracion y quedó sana.

Cuando volvió Origenes á continuar sus lecciones despues que se dió la paz á la Iglesia, regresó á Cesarea San Gregorio, y pasó un año mas en su estudio para acabar de instruíse: creese que entonces recibió el bautismo. En todo habia estudiado cinco años bajo la direccion de este hábil maestro: los asuntos de familia llamaron á su pais á los dos hermanos Gregorio y Atenodoro, compañeros inseparables en el estudio y en sus viajes. Pero antes de marchar quiso testificar su reconocimiento á Origenes en un discurso pronunciado en público, del que se han sacado los pormenores que hemos referido hace poco.

Concluidos los negocios que obligaron á San Gregorio á regresar á su pais, se retiró al campo abandonando todos sus bienes para ocuparse únicamente en el negocio de su salvacion. Pero apenas principiaba á gozar de las dulzuras de la soledad, cuando se vió precisado á dejarla para consagrarse al servicio de la Iglesia. No obstante sus pocos años, se le creyó digno del episcopado por su eminente mérito; procuró excusarse cuanto pudo, escondiéndose y mudando de residencia; mas no le valió semejante conducta, porque Fedimo, obispo de Amasea, dotado del don profético, resolvió nombrarle en su ausencia y declaró públicamente que le destinaba á la ciudad de Neocesarea, que entre su gran número de habitantes solo contaba diez y siete cristianos. No se resistió, pues, Gregorio, que se hallaba á tres jornadas de aquella, á la voluntad divina manifesta suficientemente, y fué consagrado con las acostumbradas ceremonias, creese que hacia el año 244. Su hermano San Atenodoro fué tambien obispo poco despues, y sufrió el martirio en la persecucion de Atréliano.

San Gregorio, antes de dar principio á sus tareas apostólicas, pidió á Fedimo algun tiempo para prepararse con mas profundos conocimientos de la religion. Interin se ocupaba en este estudio, tuvo una vision, y en ella se le aparecieron la Santísima Virgen y San Juan Evangelista, quien le explicó la doctrina cristiana, reve-

lándole un simbolo que escribió inmediatamente despues en estos términos: "Hay un solo Dios, Padre del Verbo viviente, de la sabiduría subsistente y de la potestad eterna, principio de toda perfeccion, Padre de un Hijo único igualmente perfecto. No hay mas que un Señor, solo de uno solo, Dios de Dios, forma é imagen de la divinidad, Verbo eficaz, sabiduría que todo lo comprende, potestad que todo lo ha criado, Hijo verdadero de un verdadero Padre, Hijo invisible de un Padre invisible, Hijo incorruptible de un Padre incorruptible, Hijo inmortal de un Padre inmortal, Hijo eterno de un Padre eterno. No hay mas que un solo Espíritu Santo, que procede de Dios y que se reveló á los hombres por el Hijo de quien es perfecta imágen como él, vida y origen de la vida, santidad que da la santidad, por quien se ha manifestado Dios Padre, que es sobre todas las cosas, y Dios Hijo que está en todas las cosas, perfecta Trinidad sin division y sin mudanza ni en su gloria, ni en su eternidad, ni en su poder." Tal fué la exposicion de la fé revelada á San Gregorio, la misma que siempre enseñó en su Iglesia, y que dejó escrita de su mano á sus sucesores. En tiempo de San Gregorio Niceno se conservaba aun el original, segun dice en la vida del Taumaturgo que escribió. Los catecúmenos le recibían antes de recibir el bautismo, y mediante él se conservó la Iglesia de Neocesarea en su pureza, y exenta de heregias contra el misterio de la Trinidad.

Todo el episcopado de San Gregorio fué una serie de milagros y de conversiones. Al dejar su retiro para pasar á Neocesarea, le sorprendió en el camino una lluvia violenta, que le obligó á entrar con los que le acompañaban, en el templo de unos ídolos famosos por sus oráculos. Invocó de pronto el nombre de Jesucristo, se santiguó muchas veces para arrojar de allí á los demonios, y pasó la noche cantando las divinas alabanzas. A la mañana, cuando entró el sacrificador para ejercer sus funciones, le declararon los demonios que ya no podían habitar aquel templo profanado con la presencia de un impío que acababa de salir de él. En vano procuró purificarle y hacer sacrificios de toda especie para apaciguarlos y que volbiesen á habitarle. Entonces, fuera de sí de cólera, fué corriendo en pos de Gregorio, y en cuanto le alcanzó le llenó de injurias amenazándole que le denunciaría á los jueces como reo de sacrilegio, por haber violado un templo de sus dioses. Escuchóle el santo con paciencia, y le contestó que mandando á los demonios en nombre de Jesucristo, se hallaban obligados á obedecerle: que realmente los conjuró para que dejasen aquella morada, y si quería mandarlos volver, volverían; luego le dió una cédula en que decia estas solas palabras: "Gregorio á Satanás, vuelve al templo." El sacrificador puso esta cédula encima del altar, y haciendo sus ordinarias ceremonias, reparó que se dejaban ver las mismas apariencias que antes se notaban. En cuanto observó esto, fué apre-



surado á buscar á Gregorio para suplicarle le hiciese conocer á aquel Dios á quien los demas estaban precisados á obedecer. Mas oyendo la explicacion de la doctrina cristiana le chocó mucho el misterio de la Encarnacion que le pareció indigno de Dios; y como Gregorio le representaba que este dogma no se podia justificar con razouamientos humanos, sino por las maravallas del poder divino: "Mandad, dijo el sacrificador señalando una roca extraordinariamente grande, á esa piedra que se mueva." Mandólo el santo, y la piedra se movió, y el pagano no volvió á dudar. Abandonó sus bienes y su profesion para agregarse á Gregorio, que le hizo despues diácono.

El rumor de estas maravallas llegó antes que Taumaturgo, á la ciudad: salió el pueblo en tropel á recibirle y conocerle; los mas principales habitantes se disputaban el honor de alojarle en sus casas: pero el santo escogió la de un cristiano llamado Musonio. Desde el primer dia se convirtieron un gran número de paganos. Al siguiente estaban en su puerta una multitud de enfermos, mugeres, niños, viejos, de todas clases y de todas edades. A todos los curó en nombre de Jesucristo, sin dejar de hacer milagros para sostener su predicacion, y en breve tiempo convirtió al cristianismo la mayor parte de la poblacion. Viendo multiplicarse las conversiones diariamente, emprendió la construccion de una iglesia, y para ello contribuyeron todos los fieles con su dinero ó su trabajo. Edificóse en el parage mas alto del pueblo, y se observó como un prodigio que no fué destruida en las persecuciones posteriores, y aun resistió á muchos terremotos que casi arruinaron toda la ciudad poco antes de mediar el siglo IV y á los últimos del V.

El santo obispo con sus luces llegó á ser el asesor de todos sus feligreses y el árbitro de sus diferencias. Su celo no reconocia límites, y así halló tanto crédito con Dios, que logró extender á todos los trabajos y necesidades el ejercicio de su caridad. No habiendo conseguido concordar á dos hermanos que se disputaban la posesion de un estanque, tanto que iban á venir á las manos, á pesar de las exhortaciones del santo, pasó la noche orando al borde del mismo estanque, pidió á Dios que se quedara en seco, mandó al agua que se retirara de allí, y en el acto desapareció. De esta manera, cuando vinieron los hermanos de madrugada, cada uno con sus secuaces armados, no hallaron motivo de cuestion. Cien años despues se conocia aún la señal que marcaba este sitio que antes era estanque. Con otro milagro detuvo las inundaciones del rio Lico, que hinchándose con las lluvias de los inviernos ó las tempestades, y cayendo en torrentes, salia de madre y asolaba los campos inmediatos. En uno de estos desastres se acogió el pueblo entero á la proteccion del santo obispo Taumaturgo; pasó éste al sitio de la inundacion con todo aquel séquito, á quien iba exhortando para que mirasen con preferencia los bienes eternos. Llegá-

dos al rio, invocó el nombre de Jesucristo en alta voz, plantó su báculo en el suelo á la orilla, y pidió á Dios que contuviese la avenida. Arraigóse el báculo y se formó un árbol, que sirvió despues de dique al rio, porque al instante que las aguas llegaban al pié del árbol, se detenian, y jamas pasaron el limite que el santo les habia prescrito.

Tan repetidos y brillantes prodigios, produjeron muchas conversiones, tanto en la ciudad como en las inmediatas, á donde se extendió brevemente la fama de San Gregorio, y éste cuidó de poner pastores que cuidasen de los nuevos fieles. Envióle una diputacion la Comana, rogándole que fuese á presidir la eleccion de un obispo que iban á celebrar. Al momento partió y se ocupó muchos dias en la instruccion de los fieles, á fin de disponerlos mejor para aquel acto. Los magistrados y principales habitantes, deseaban adquirir un obispo distinguido por su nacimiento, por su talento y por las demas cualidades eminentes que se veian en el mismo Gregorio. Este prelado, que no atendia mas que á la santidad, despues de examinados muchos de los que le presentaron, les dijo que no se ofusacasen al examinar las calidades exteriores de los candidatos, porque á veces un hombre con un exterior despreciable, puede tener interiormente muy grande mérito. Queriendo chancearse uno de los oyentes, dijo: "Si queréis un hombre que no tenga nada brillante en su persona, nombrad á Alejandro el carbonero." Preguntó San Gregorio quién era aquel sugeto, y le presentaron con estreptosas risas y como burlándose, á un hombre cubierto de andrajos muy sucios, y con señales patentes de su oficio en la cara y en las manos: tenia un continente modesto y desembarazado, con un aire grave y recogido. Todo esto hizo sospechar á Gregorio que habia en él alguna cosa extraordinaria. Le llamó aparte para examinarle por sí mismo, y confesó Alejandro que no ejercia aquel oficio por necesidad, sino que le emprendió por imitar á Jesucristo, y practicar mas fácilmente la virtud en aquella vida oscura y laboriosa. "Yo miro, dijo, este polvo de carbon, como una máscara que impide á los demas el conocerme. Soy jóven todavia, como podeis notar, y en enalquiera otro traje podria ser agradable mi persona; pero esto seria un manantial de tentaciones, siempre desagradables para un cristiano que mira como un tesoro su pureza, y yo me liberto de ellas con este bajo oficio que me sirve para ganar inocentemente mi subsistencia." San Gregorio le devolvió á los mismsos que le habian traído, y mandó que le bafasen y vistieran con decencia. Hiciéronlo así, y cuando se volvió á presentar en esta forma, pareció á la asamblea otro hombre, y llamó la atencion general. Refiriendo San Gregorio lo que habia sabido, añadió: "No os admire el haberos engañado juzgando por las apariencias de este hombre: el demonio se valia de ellas para inutilizar este vaso de eleccion, teniéndole oculto." San Alejandro fué consagrado inmediatamente